

LITERATURA LEONESA ACTUAL. ESTUDIO Y ANTOLOGÍA

Santos Alonso

Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo en 1923. Hombre de tenaz vocación en medio de cotidianos quehaceres extraliterarios, publicó sus primeros poemas en algunas revistas -entre ellas "Espadaña"- y ha continuado colaborando en "Ínsula", "Papeles de Son Armadans", "Nueva Estafeta", etc.

Bibliografía.-Poesía: *El regreso* (Madrid, Adonais, 1964). *Del monte y los caminos* (Barcelona, El Bardo, 1966). *Cancionero de Sagres* (Madrid, Arbolé, 1969). *Dibujo de figura* (Barcelona, El Bardo, 1972). *Contar y seguir: (Poesía 1962-1972)* (Barcelona, Plaza & Janés, 1972). Narrativa: *Una ventana a la carretera*. Premio "Leopoldo Alas 1967" (Barcelona, Rocas, 1967). *Un sitio para Soledad* (Barcelona, Plaza & Janés, 1969). *La costa de los fuegos tardíos* (Barcelona, Plaza & Janés, 1973). *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (Madrid, Novelas y Cuentos, 1976). *Historias veniales de amor* (Barcelona, Plaza & Janés, 1978). *País de los Losadas* (Barcelona, Plaza & Janés, 1978). *Los brazos de la i griega* (Gijón, Noega, 1982). Miscelánea: *Reseñas y confidencias* (León, Breviarios de la Calle del Pez, 1985).

Una de las notas que mejor podrían definir la dimensión humana de Antonio Pereira es la hospitalidad. Y no me estoy refiriendo sólo a su concepto tradicional, aquel que entrañaba la acogida generosa y amable del recién llegado, sino a otro más íntimo, más interpersonal, aquel que favorece abiertamente el acercamiento y la comunicación de los humanos, tal vez por la perspectiva de amplias miras que alcanza quien, a través de varias experiencias y no pocos viajes por diferentes países, no se aletarga entre los cuatro muros de su patria chica, aun reservándole sus más nobles sentimientos.

Sus primeros poemas aparecieron en revistas ("Alba" y "Espadaña") en 1948 y 1949; el primer libro llegaría bastantes años después, en 1964. A partir de entonces, sin embargo, su labor ha sido constante, hasta convertirse en uno de los narradores, tanto de cuentos como de novelas, que ocupan un lugar destacado en la literatura española de hoy. No obstante, y como viene sucediendo con otros escritores leoneses, la obra de este poeta y novelista no ha sido objeto de la atención que merece por parte de la crítica más o menos

oficial y de divulgación mayoritaria que funciona habitualmente en España.

Tomando el término del título de un libro suyo, me permitiré decir que Antonio Pereira es un escritor civil, en su sentido etimológico (de civis, ciudadano), y no según su posterior significado de "desestimable, mezquino, ruin y de baxa condición de procederes" (Diccionario de Autoridades), ni el actual antónimo de religioso o militar. Los personajes de sus poemas y de sus narraciones son ciudadanos, miembros de una comunidad civil, que viven de su propio trabajo y comparten con los demás los desasosiegos cotidianos. La ciudad o el pueblo, el comercio o el paisaje, adquieren un inusitado protagonismo para presentarse ante los lectores como el medio más cercano, más familiar, donde se mueven esos seres individuales. Hablar de comunidad civil puede inducir a error: no se trata de que el escritor reserve sus preocupaciones éticas para el intencionado diagnóstico de la colectividad, ni mucho menos; el humanismo de Pereira es muy profundo, hasta el punto de que lo individual, lo personal, desplaza generalmente a lo colectivo. El mundo interior se sobrepone al exterior, aunque no lo parezca en ocasiones, desde el momento en que todo, personas y cosas, está contemplado como desde dentro, desde sus más íntimos perfiles.

En el prólogo a su casi obra completa poética (*Contar y seguir*) Miguel Dolç define su obra como "único libro" de Antonio Pereira. Único libro por sus contenidos, su precisa elaboración, su constante labor de lima y las conexiones entre la biografía y los escritos. No pensemos en dos Pereiras, el poeta y el narrador, no; sólo hay uno, aquel poeta novelista obsesionado por compartir todo con los demás, que se confesaba en el primer poema de su primer libro, titulado "Afirmación de vecindad":

Soy de una tierra fría, pero hermosa
.....
Yo, con vosotros. Dando cada día
testimonio de cómo entre los hielos
abre el amor sus miras (sic) imborrables

Un poeta novelista que es capaz de sugerir en su prosa, más que explicitar, con tanta intensidad como en su poesía, y de dotar a su poesía del tono narrativo que hace atractiva a su prosa; que comunica a sus escritos la ternura o la ironía sonriente, el humor entrevelado y sutil o la belleza armoniosa de las superficies clásicas y brillantes. Un poeta novelista, en definitiva, con calor en sus palabras y sus silencios.

POESIA CIVIL, POESIA CON HOMBRES

Los primeros libros de este escritor fueron decisivas contribuciones a la poesía de los años sesenta. La poesía española salía entonces del espacio cimentado en los estertores agónicos de la escritura "social" y no fueron pocos los poetas, entre ellos Antonio Pereira, que animaban sus versos con un humanismo compartido entre el poeta y el paisaje, entre el hombre como ser personal y sus semejantes. El poemario *El regreso* apareció en 1964 y en él laten todas las características que estoy anotando. El poeta toma de aquí y de allá sus referencias, de las ciudades y de los pueblos, de los compañeros y los niños, de la familia y la casa. Su mundo pequeño y recordado en la consecuente afirmación de la vecindad. Todo lo visible le provoca los suficientes estímulos para alcanzar un sentimiento pleno de amor y común unión con las cosas y las personas. No se muestra visible el pesimismo, sino que, de entrada, la vida merece la pena:

Yo escojo las veredas
que llevan a las plazas donde el hombre,
a los parques dorados de la espera...
...Ese hombre que vende, el guardia, el ciego,
aquel niño que rompe su botella
pero fue sin querer... ¡y yo los amo
antes de que los viera!

¿Podría hablarse de costumbrismo? Es posible. Los poemas de Antonio Pereira se acercan a su esencia, pero no caen en la simple descripción o en la crítica. El poeta penetra en el territorio de la costumbre llevado de la mano de la convivencia, de la interior indumentaria que mantiene en comunicación a los seres humanos. La insistencia en la vecindad compartida puede verse en el poema titulado "La fiesta", festejo común de dos ciudades fronterizas. Tal vez sea el titulado "Los regalos" el que, sin embargo, dé las claves del sentir del poeta: "Para mí no traigo nada. / Sólo la voz y el cantar"; y no trae nada para él porque todo lo ha compartido ya con su mujer, sus padres, sus hermanos y su ciudad. O en "Memoria del fuego", donde el suceso de un incendio invita a los vecinos a la solidaridad humana y, una vez sofocado, dice:

Las gentes volverán a su secreto.

Van a sonar pesados los cerrojos.
Pero antes de extenderse por las calles
se contemplan los unos a los otros
con un poco de amor, y van pensando:
"Por cada fuego somos más vecinos".

Como las historias civiles que escribiré más tarde, *El regreso* es el inicio de un desarrollo y una evolución constantes y coherentes. Se trata de un cancionero civil donde el optimismo desborda los límites personales y se expande en los demás y en la naturaleza:

Canto la tierra, el trigo que le nace,
y repito la rosa demasiado;
los pájaros de Dios, las amistades
y tantas hermosuras voy cantando.
¿Podré callar entonces lo más mío?
Voy a decir los padres, los hermanos.
Hoy os requiero en vecindad del río
a merendar los dones del verano.

Los contenidos y los aspectos formales (dominan los versos rimados en asonante los pares y sueltos los impares, cuarteta asonantada de carácter popular) adquieren una maduración mayor en el siguiente libro de Pereira, *Del monte y los caminos*. El humanismo se reviste de recuerdo y nostalgia. El pasado familiar, la tienda del padre, el comercio (es decir, uno de los temas presentes con continuidad en la obra posterior del autor). Entonces nacen esas odas elementales a la balanza, los clavos, etc.:

Todo sonaba en la tienda
enemiga del silencio:
los clavos sobre el platillo

de la balanza cayendo
y el choque de las caderas
redondas de los pucheros.

Seguimos inmersos en la más genuina poesía civil. La ciudad y sus gentes aparecen por doquier. El tono narrativo funciona con expresiva fluidez, pero no en vano deja de verse al poeta existencial que contrapone el papel de la poesía al de la vida:

Pero decidme, a veces, qué se puede
hacer con sólo el canto...
¡Pido un camino para hacer más corto
el grito que pelea hacia la vida!

Si bien es cierto que se conserva la mirada a la objetividad, es el hombre el que forma el núcleo de todo. Pereira ha avanzado en el intimismo, en la reflexión, en el encuentro del hombre consigo mismo, en la agonía con el propio yo. Puede decirse que Del monte y los caminos supone, con relación al anterior, un más acentuado vitalismo que sale a flor de la piel del humanismo armónicamente compartido:

El hombre habla hacia dentro y se contempla
en el espejo cóncavo del alma.
Lo que sabe lo aprende con su pena.

Y más adelante, añade:

El hombre en soledad aprende a oírse
el corazón, la sangre y sus oráculos;
cuando escucha en las venas una dulce
presencia en crecimiento, cuando pájaros
locuaces quiere, nubes encendidas...
es primavera. Aunque él

no sabría explicarlo.

Cancionero de Sagres fue, en palabras del autor, una luna de miel con una de esas tierras-amores que a uno le llegan dentro: Portugal. Pereira sigue avanzando en sus constantes motivaciones, ampliando registros y referentes, contenidos y formas. Por ejemplo, aunque sigue utilizando los versos asonantados, se acrecienta el interés por los versículos y el verso libre. Vuelve a su humanismo ya conocido, a la afirmación de la vecindad, a la poesía civil, pero investiga en la poesía de tipo cancionero, de carácter popular, y el costumbrismo individualizado de colorido social. Que el hombre sigue en el centro de su poesía lo advierte en la primera parte del libro titulada "Paisaje con hombres". Un explícito inconformismo ante la adversidad del hombre es patente en versos como:

Viniendo por Penafiel

vi que un anciano, a la aurora,

cavaba solo la tierra

como quien cava su fosa.

.....

A los pastores les pesan

sus montes sobre el costal.

El poeta se introduce en los problemas de los demás, los contempla, los comparte y los sufre a veces (el labrador, el pastor, la aprendiz, la limpiadora, etc.). El afán de compartir no ha cesado en la poesía de Antonio Pereira; su cancionero civil prosigue, así como el interés y el sentimiento que en él despiertan las ciudades (Lisboa, Oporto, Guarda, etcétera). Lo más mínimo, lo más inanimado (un tren, por ejemplo) puede trascenderlo al nivel de comunicación interpersonal y convivencia:

De pronto, el tren,

más cerca,

paralelo.

Yo por la carretera con mi mundo.

El tren rodando su refrán del hierro.

Ahora compartiremos el paisaje.

Cedo la prisa,

me desacelero.

Nos repartimos el favor del aire

nos miramos compañeros.

En *Cancionero de Sagres* se da una circunstancia digna de mención. Simultáneamente, el poeta compagina un carácter más popular en algunos poemas y acentúa la expresión de la interioridad. Unas veces se rebela contra el dolor, la pobreza y el pesimismo; puede verse el poema "O Chiado", donde dice:

No creas si te dicen,

mi amor,

que Portugal es pobre,

que no,

y otras intensifica la conciencia de pesimismo y soledad que habían hecho acto de presencia en el anterior poemario:

Sólo un postigo y me encontré en la noche.

No recuerdo la fecha del edicto,

pero me sé llamado de muy lejos

a estos idus turbadores de soledad,

arruinada capilla donde poso cansado el corazón

y me desarmo caballero.

Por último, y aunque Antonio Pereira no ha dejado de escribir poemas (suyos posteriores han aparecido de 1972 a 1981 en periódicos y revistas como "Ínsula", "Cal", "Alcance", "Álamo", "Tránsito" y "Pueblo"), su último libro publicado es *Dibujo de figura*, donde el verso libre ha desplazado casi

definitivamente a las estrofas asonantadas. Si bien encontramos al poeta civil de anteriores libros con verdadera intensidad (puede verse el poema "Intermedio moral", que refleja una sesión plenaria de un Consejo General), o marcado de un costumbrismo irónico (véase el titulado "En el parador nacional los cazadores"); si la hospitalidad, la convivencia o el calor humano de las sensaciones y sentimientos compartidos impregnan los contenidos de no pocos poemas,

(Tres hermanas conservo,
cuñadas no sé cuántas...
...no hay nada
que más consuele a un hombre
-si le duele la espalda,
si lo vence una letra,
si el hijo, si la esposa,
si el ministerio público-
que llegar por la tarde,
sentarme donde quiero
y preguntar hermana
(o cuñada) si tienes
sólo un poco de vino. Con un poco de queso.)

en *Dibujo de figura* domina el poder de la nostalgia y del intimismo, el gozo del recuerdo. El poeta es consciente del paso del tiempo, de su irreversible camino hacia el futuro, lo cual supone un estímulo para la revisión del pasado, de la infancia, de los días bien y mal vividos, de añoranzas sin regreso. Es como si hubiera llegado a la madurez de su vida y de su voluntad:

Yo conmemoro
el inmenso desierto, la distancia infinita...
... y hoy daría,

no sé lo que daría por rehacer el viaje.

El pesimismo adquiere notas imborrables en versos como los siguientes:

Entro despacio,
me descalzo
el polvo de los días vividos.

O recorre los entresijos, los despojos del recuerdo:

Yo creo que nos daban unas briznas de amor,
aunque ahora nos digan que el amor no era eso,
y no era eso, mas tampoco era
otras cosas que dicen son amor.

Y así llegamos a los siete poemas que forman la última parte del libro, "Consolación a Claudia", una conversación constante con su madre y uno de los mejores logros de Antonio Pereira, poeta. Estos siete poemas son como la síntesis inmejorable de su poesía, civil e intimista, costumbrista y humana; además cuenta con un confidente, su propia madre:

Ahora puedes hablar, podemos, madre,
hablar y hasta cantar, si no es muy alto,
no vayan a decir que ni siquiera
nos pusimos de alivio.

NARRADOR DE HISTORIAS CIVILES

Después de años dedicados a la poesía, Antonio Pereira se deja dominar por una pasión alucinante: el relato corto. Como narrador de cuentos ha conseguido tal vez -aunque afirmar esto no deja de ser gratuito- sus mejores páginas. En plena madurez poética, Pereira consigue el Premio "Leopoldo Alas" de cuentos con *Una ventana a la carretera*, reeditado posteriormente con ocho cuentos inéditos y el título de Historias veniales de amor. Comienza entonces un largo recorrido, no interrumpido aún, por la

narrativa breve, género que le interesa especialmente al autor.

Los que componen *Una ventana a la carretera* pertenecen a la mejor tradición del cuento español. Sin pretensiones renovadoras en sus aspectos formales (narrados en tercera persona y de marcado acento costumbrista y realista), son, sin embargo, unas auténticas joyas de delicadeza, ternura e ironía, trabajadas más con la sugerencia y los silencios que con la declaración explícita. El mundo íntimo de Pereira (el pueblo o la ciudad, el personaje individual y sus obsesiones, el amor suspendido en el misterio o sin agotar las posibilidades de su desarrollo final, etc.) está aquí intensamente transmitido. Estas historias civiles, una vez presentado el personaje, desembocan en un tenue erotismo, o tal vez en la ironía partiendo del mundo mercantil, o quizá en las frustradas aspiraciones y las rotas sorpresas de las personas sencillas.

Pereira es imprevisible en sus relatos. Por un lado expresa y ofrece al lector las notas y los datos que van configurando a su personaje o van a definir el desarrollo de la historia; pero, por otro, prefiere que sea el lector el que supla, interprete y descodifique las consecuencias y los resultados. Él tiene la solución, la sugiere (sonriendo, con seguridad), pero la silencia, lo cual enriquece la comprensión. Así, en "Una ventana a la carretera", el final de la historia entre Desiderio, criado de un convento, y Rosinda puede dar mucho juego a la fantasía del lector. El mañoso y célibe "Rabanillos", obsesionado por el sexo, es, en cambio, un personaje misterioso en cuanto a resultados visibles. "Los Cedilla" son un matrimonio pequeño -burgués y un ten con ten en el gobierno del lar familiar materializado en la obtención del carné de conducir. El personaje de "Santa Bárbara, cuando truena", delegado de ventas, está colocado por el escritor al borde de la tentación -lleva en coche a una joven maestra-, pero será el lector quien decida su caída. El ejecutivo de empresa en "Hermosa primavera, señor director" mantiene una tremenda lucha interior entre sus propios esquemas morales y burgueses y la inocente provocación que siente ante una empleada. Este erotismo sugerido, velado para el lector, se mantiene en dos cuentos añadidos en *Historias veniales de amor*, "El hilo de la cometa" y "Mientras viene el trenillo".

El desenfado en los planteamientos y el cariñoso trato que reciben los personajes es significativo en otro grupo de cuentos que forman parte de este libro. En ellos, los referentes se sitúan en el ambiente comercial- tan presente en Antonio Pereira por motivos particulares- y el autor siente nostalgia por la impersonal renovación de "La tienda de Paco Santín" o ante un recuerdo infantil en "La vara"; confraterniza con el acomodaticio "tío Candela" o con el memorión enloquecido de "Cirujeda"; sufre con el "Quijote junto a la vía", molido a palos por deshacer entuertos, o con el niño protagonista de la

"Fábula con obispo y niño" ante su pequeña frustración; y mezcla conciencia e ironía en la historia de "Unas botas del 43". En cualquier caso, se trata de pequeñas joyas literarias.

El segundo libro de relatos de Antonio Pereira es *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*. La preocupación formal y técnica ha avanzado en este libro, de forma que el resultado es un reto para la capacidad interpretativa del lector, así como una invitación seria a su participación en la escritura y recreación de los cuentos. Lo que en los cuentos anteriores era pura sugerencia, aquí se transforma en opacidad que el lector atento debe desvelar. En principio, la persona narrativa ha cambiado de tercera a primera persona. Este mecanismo supone un enriquecimiento de perspectivas con la ruptura de la linealidad en el relato. Es la conciencia del narrador la que ordena o desordena los datos del pasado y del presente que se interfieren con los saltos típicos de la memoria, ese fantasma inquieto que todos llevamos dentro. No en vano corrían los años del llamado "experimentalismo" en narrativa. Sin embargo, Antonio Pereira no escribe este libro siguiendo una moda, un nuevo manierismo formalista, sino que, con una materia narrativa semejante a su anterior libro, consigue un medio diferente de expresión que estimula la interioridad del narrador.

Cuatro relatos extensos lo forman. Como el mismo título dice, seguimos contemplando al escritor civil que ya conocemos: ambiente ciudadano, presencia del mundo mercantil y del tema amoroso, y de una refinada ironía que por momentos se mezcla con la ternura. "Informe sobre la ciudad de N****" es un recorrido por la memoria del narrador, donde los recuerdos evocan una ciudad provinciana con casino decimonónico, sus autoridades civiles, su administración, y apelotonadamente refuerzan la narración numerosos episodios de la historia. En definitiva, estamos ante un cuento de marcado contenido autobiográfico, cuyo escenario no es otro que el municipio natal del autor. No sucede así en "Matar la mosca cuando empieza", con dos acciones-viajes paralelos radicados en París y Portugal. El escritor rompe voluntariamente el ritmo de la escritura porque le asaltan estímulos varios del entorno, en este caso la actividad comercial, a los que dirige 'su atención. La forma narrativa es variada, heterogénea, como la realidad que él mismo contempla, donde tienen cabida el periódico, la televisión, las encuestas de opinión, así como secuencias apelativas en segunda persona o de estructura dialogada y dramatizada.

En "Las erotecas infinitas", Pereira realiza una variación importante con respecto al resto: en primer lugar aparece la tercera persona narrativa; en segundo lugar utiliza la técnica que se ha dado en llamar de "caja china" o de

"las muñecas rusas", es decir, las acciones surgen de modo sucesivo unas de otras. El lector se da cuenta al final -aunque de la técnica narrativa da pistas el escritor al comienzo, a través de un bote de leche condensada- de que un personaje está leyendo un libro a su mujer en la cama. El libro presenta a Mary Jane Brooke; su anécdota nos conduce a otra, la de Humberto y Noemí; ésta da lugar a la de Audrey Mesefield y su amante piloto, y así sucesivamente. Se trata de un relato paródico de la novela erótica.

"El ingeniero Balboa" es uno de los mejores relatos de Pereira. En él el narrador se dirige en primera persona a Elena, hija de Balboa. Es, sin duda, de los cuatro relatos, el menos absorbido por la influencia experimentalista. Juega Pereira con los saltos atrás en el tiempo, interfiriendo pasado y presente, pero esas interferencias son absolutamente necesarias para el desarrollo. Podríamos decir que se trata del aprendizaje de un joven en la maduración de su vida amorosa a través de sus impulsos, sus pequeños fracasos y de sus vivencias imborrables al lado de la mujer amada. Pereira vuelve a su tierra y no cabe duda que eso influye para configurar la atmósfera conseguida en esta deliciosa confidencia.

La creación narrativa de Antonio Pereira no se detiene. Su último libro de relatos, *Los brazos de la griega*, prosigue con madurez la conocida inclinación del autor a fundamentar el lenguaje de la narración en el poder mágico de la sugerencia, dejando a veces sin consumir las situaciones, elaborar su escritura con humor y conceder especial protagonismo a la ironía. El asunto de los cuentos puede igualmente ser calificado de civil y centrado en la vida cotidiana. Sus anécdotas no exceden jamás el contexto de lo posible, de la pura apariencia de realidad, salvo, quizá, el último que da título al libro, donde el autor se acerca a la expresión de lo fantástico. Los escenarios varían, sin embargo, situándose algunos en Italia o Marruecos. En todos ellos se mueve el autor con altura y maestría; sólo así es posible entender que los personajes actúen con tan extraordinaria naturalidad en un viaje de automóvil, en la escalera de una casa, en la habitación de un hotel o en un pequeño pueblo.

El humor y la recurrencia a la sorpresa, es decir, a lo que parecía ser de una forma y es de otra, a lo que se espera que suceda y no sucede, a lo que parece ser y no es, a la minúscula clave final que desbarata toda la trayectoria prevista, a la peripecia pendiente de un acontecer esperado o inesperado, etc., engarzan el fondo de las narraciones. Los personajes pueden guiarse por sospechas o suposiciones, actuar conforme a ellas, y finalmente darse de bruces con otra realidad muy distinta. En "El ingeniero Demencour" tiene el lector un bello ejemplo, aunque el humor llega a ser más sutil en "El otro y yo".

Las suposiciones pueden llegar a ser obsesivas cuando se entrecruza una posible y velada infidelidad matrimonial; en este sentido, es realmente ingenioso "La venganza".

En la lectura de estos cuentos es elemento imprescindible el erotismo. Unos lo presentan directamente ("El sitio del inglés"), pero en otros puede más la sugerencia, un velo que indirectamente desvía la visión del lector hacia otras perspectivas ("La residencia" o "Clara y el romano"). El erotismo de Antonio Pereira, al igual que los demás ingredientes de los relatos, está dirigido a conseguir el humor. El ingenio y la chispa que puedan provocar situaciones y contextos de agradable lectura son aprovechados indefectiblemente por el escritor. En "Las peras de Dios" y "El caso Tiroleone", dos relatos de ambiente rural, quedan perfectamente acoplados el ingenio y el erotismo, en el primero a través de una anécdota suscitada por la particular forma de las peras y en el segundo a partir de una personal característica en el cuerpo de un joven aspirante a ciclista.

Antonio Pereira recurre en *Los brazos de la i griega*, como en libros anteriores, a formas no convencionales en el género y utiliza el contrapunto, la interferencia de acciones distintas, aunque relacionadas, dramatiza la expresión con la presencia exclusiva del diálogo, etc. Es decir, en estos relatos hay un interés especial por la originalidad técnica y, sobre todo, por evitar la monotonía.

TRES NOVELAS AUTÓNOMAS

¿Por qué tres novelas autónomas? Antonio Pereira tiene en su haber dos construcciones, en mi opinión, compactas: su poesía y sus relatos. Compactas porque forman en su conjunto dos tonos unitarios, sin estridencias ni irregularidades, dos mundos coherentes en sus apartados y en sus fases. En cambio, sus tres novelas son ejemplares independientemente, autónomas: cada novela puede considerarse ejemplo distinto en la forma de estructurar y desarrollar su correspondiente y diferente materia novelesca. En la primera veremos a Pereira tras los pasos de los grandes novelistas españoles (Galdós, fundamentalmente); la segunda está dominada por un costumbrismo crítico hacia una sociedad burguesa poco menos que anquilosada; la tercera, indudablemente la mejor de las tres, recoge la capacidad sugerente que existía en sus cuentos y renovaciones técnicas de la novela revividas en el transcurso del siglo XX.

Un sitio para Soledad, la primera, novela que supuso una importante

sorpresa dentro de la obra de un poeta, puede calificarse de realista y psicológica. Estructurada en tres partes diferenciadas por el escenario geográfico, manifiesta una perfecta coherencia interna a través de una narración lineal y tradicional en tercera persona. El personaje, Soledad, parece resucitar en determinados aspectos a Tristana y Tormento de Galdós. La técnica narrativa, incluso, recuerda al gran novelista, especialmente por el interés en documentar los antecedentes próximos y remotos de la acción que va a desarrollarse. El narrador se hace presente en la novela y, sobre todo en las acotaciones, se perfila como el omnisciente creador del mundo novelesco que transmite. Sin demasiada rigidez, podría asegurarse que el novelista ha desarrollado el contenido en el clásico esquema de presentación, nudo y desenlace, según las tres partes apuntadas.

En la primera, efectivamente, se expresan los orígenes de la trama, el ambiente rural leonés en que se mueve la protagonista, con intermitentes estancias en la capital de la provincia, al tiempo que se perfilan los personajes que en mayor o menor medida van a ser determinantes en la personalidad de Soledad: sus padres y su hermana -localizados en la Venta del Cruce-, el médico, sus amigos íntimos, y sobre todo el padrino, gracias al cual puede realizar sus estudios. La segunda, fundamento y raíz del desenlace, representa el encuentro de un mundo nuevo para Soledad; el escenario es Francia, en casa de unos conocidos. El descubrimiento del erotismo sin inhibiciones, expresado, como siempre en Pereira, de manera velada y manifiesta, cambia la forma de pensar de Soledad, acentúa su independencia, pero también su indiferencia, porque, como dice Soledad, después del amor, "todo había sido tan corto y tan vacío, y absurdo". (pág. 207). En la tercera parte se vuelve a la localización geográfica inicial, el escenario rural, y ello trae consigo que, tras la entrevista con su médico y la visita a León, su figura de recién llegada del extranjero choque con la mentalidad de su tierra, donde los hombres, por ejemplo, esperan ahora conseguir más fácilmente sus favores. El cerco se va cerniendo sobre ella - "hecha a la soledad", dice el novelista en la página 248- y, atormentada por el sin sentido de su vida allí, decide abandonar su tierra nuevamente, esta vez en compañía de su padrino, escenas no exentas de un sugerido erotismo, lo que recuerda indudablemente el final de Tormento de Galdós.

En la segunda, *La costa de los fuegos tardíos*, el novelista sale de su entorno habitual y se sitúa en plena Costa del Sol española (Málaga, Fuengirola, Marbella, etc.) para retratar de manera costumbrista y con una intención claramente crítica la burguesía y la jet society, fauna que pulula por aquellas tierras: desde un comerciante de tejidos hasta un pintor que se derrocha a sí mismo en cócteles y fiestas privadas (aquí está, probablemente,

la mejor parte de la novela), desde las extranjeras con sus típicos flirts hasta el hombre de negocios que tontea con la secretaria. El narrador es como un notario de la realidad: siempre se encuentra en las situaciones expuestas, pero casi nunca interviene. La novela elimina, salvo en raras ocasiones, la acción en favor de recuerdos, nostalgias, comentarios comerciales, conversaciones en torno a la mujer y el erotismo, etc., y se estructura en secuencias independientes conectadas por la presencia del mismo narrador.

País de los Losadas puede considerarse como una de las novelas importantes de los últimos años, que no ha tenido la repercusión que merece (¿por qué en España no llegan a tener difusión las novelas que no están galardonadas con algún premio? Sólo se me ocurre que lo determinante en este campo, como en otros, es la comercialidad y la promoción que reporte pingües beneficios económicos). Se trata, sin duda, de una de las pocas novelas que, con apariencia de experimentación formal, elimina esa impresión inmediatamente que el lector penetra en ella, y eso por dos razones: la primera, porque domina la narración sobre cualquier otro mecanismo formalista, y la segunda, porque en *País de los Losadas* Pereira da tanta importancia a los contenidos, cosa habitual en él, que no cae en ningún momento en los caprichos manieristas de las novelas experimentalistas.

Podríamos resumir la novela de la siguiente manera: a dos de las ramas de los Losada (familia ubicada en la zona galaico-leonesa de donde desciende Pereira) pertenecen Jacobo Losada y su sobrino José María, únicos que han conseguido superar rencores familiares allá por los años cincuenta. La novela arranca de la muerte del tío, cuya noticia recibe el sobrino en Alemania, donde es profesor. El viaje a España de José María para hacerse cargo de la herencia de su tío le trae a la memoria el comienzo de su amistad, la casa de los Losada o la vida municipal de aquellos años. Entre los objetos heredados, el sobrino encuentra un cuaderno de notas de Jacobo Losada que le permite contar la aventura de su tío. Es entonces cuando Antonio Pereira desarrolla un juego muy bonito de técnica narrativa: por un lado, el narrador, José María, en primera persona interfiere en presente la novela que él mismo escribe sobre su tío, basándose en el cuaderno ("La noche anterior -dice, por ejemplo, en la página 91- dejé muy tarde la aventura de Jacobo Losada sobre la mesilla"), escrita en pasado y tercera persona, y por otro, refleja textualmente fragmentos narrados en la primera persona, por su tío, supuestamente entresacados del cuaderno, que en la novela están entre corchetes. La recurrencia a la documentación para dar verosimilitud a relato sigue siendo válida aquí como en las páginas cervantinas. Mediante este mecanismo, el lector va conociendo dicha aventura desde antes de la guerra civil: andanzas en Madrid, relaciones y anécdotas familiares, recuerdos de Jacobo Losada

durante la República y la sublevación del 36, los fusilamientos, las acusaciones contra él por sus artículos periodísticos, su ocultación con otros republicanos, las peripecias en la fuga, su experiencia como escritor teatral-una pieza sobre la revolución rusa y la represión zarista-, su exilio en Francia y su cautiverio en un campo de concentración. La parte última de la novela se centra en el narrador José María Losada y la acción es coetánea: viaja a España, a su tierra, y, tras el entierro de su tío, se propone llevar a cabo los planes socioeconómicos que había dejado sin realizar Jacobo Losada; los inconvenientes le hacen adoptar una postura no comprometida y convertirse en un personaje débil, que sólo ve la solución en la huida de los problemas, incluidos los amorosos. Pereira hace un pequeño análisis en esta parte de la transición, del posfranquismo, a través de anécdotas y significativas alusiones a los mítines políticos -concretamente uno de la CNT- y a las campañas municipales -en sus entresijos se descubre al alcalde franquista que aspira a ser alcalde constitucional-.

País de los Losadas, sin duda, aventaja en madurez y calidad a sus dos anteriores novelas, al tiempo que se presenta como un antídoto contra la tan traída y llevada pereza de los lectores, que, según opiniones editoriales atentas únicamente a los factores económicos, reclaman narraciones de acción y aventuras. Estas opiniones estaban vigentes ya en 1978, año de aparición de esta novela. Mientras se ponía de moda, por ejemplo, la novela negra, Pereira ofrecía el público una obra que no dejaba impasible al lector, ya que éste se ve implicado inmediatamente en la interpretación del contenido y recreación del mensaje, con frecuencia tan sólo sugerido, y que, aliado de certeras renovaciones técnicas, aportaba elementos ya clásicos, pero no por ello menos válidos, como su humanismo existencialista, sus evidentes fórmulas cervantinas, la proyección psicológica de los personajes o sus recurrencias al costumbrismo con el habitual aspecto civil que le caracteriza.